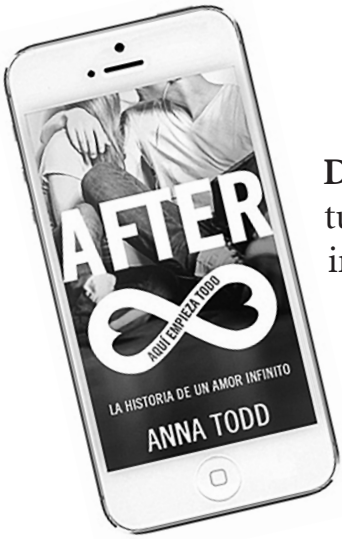
Descubre la aplicación **Serie AFTER** y prepárate para una experiencia de lectura 360º.



Descarga gratuitamente la aplicación en tu teléfono móvil, sigue los símbolos del infinito ∞ que encontrarás repartidos a lo largo de las páginas de Landon y prepárate para vivir **la historia de los personajes en primera persona**.

Fotos, videos, pistas de audio, listas de música y otras sorpresas que te harán disfrutar aún más de la **Experiencia AFTER**.

Planeta Internacional

ANNA TODD

LANDON. AHORA Y SIEMPRE

Traducción de Vicky Charques y Marisa Rodríguez

Planeta

PLAYLIST DE LANDON

Without de Years & Years
Echo de Nelou
Ghost de Halsey
TiO de Zayn
Take Me Home de Jess Glynne
Crown of Love de Arcade Fire
Control de Kevin Garrett
Assassin de John Mayer
I Can't Make You Love Me de Bon Iver
What a Feeling de One Direction
Never Let Me Go de Emily Wolfe
War of Hearts de Ruelle
Edge of Desire de John Mayer
Chainsaw de Nick Jonas
wRoNg de Zayn
As You Are de The Weeknd
Something Great de One Direction
Unhinged de Nick Jonas
Death Has Fallen in Love de Mads Langer
Last Flower de Mads Langer
I Know Places de Taylor Swift
Cough Syrup de Young the Giant
iT's YoU de Zayn
Heavy de Emily Wolfe
Wolves de One Direction

PRÓLOGO

En un futuro no muy lejano...

—¿Papi? —dice una vocecita en la oscuridad de mi cuarto.

Enciendo la lámpara, y mis ojos se adaptan a la repentina luz que inunda la habitación.

—¿Qué pasa, Adeline?

Me incorporo y, al recordar que no tengo nada puesto, me cubro con la sábana hasta el pecho.

Me volteo para observar a mi mujer. Tiene la espalda descubierta y está durmiendo boca abajo, desparramada, como de costumbre.

Adeline se frota sus ojitos cafés con la mano.

—No puedo dormir.

Un inmenso alivio me invade.

—¿Has contado ovejitas? —pregunto.

Últimamente le cuesta dormir, pero intento no preocuparme mucho al respecto. El pediatra dice que no es nada, sólo que no es capaz de desconectar su mente salvaje por las noches, cosa bastante normal a su edad.

Adeline asiente.

—Y ponis. También he contado ponis. Uno azul, uno rojo y uno amarillo muy malo.

Intento no echarme a reír.

—¿Un poni amarillo malo?

—Sí. Le ha robado la galleta al poni azul.

La madre de mi hija se mueve en sueños, pero no se despierta. Le cubro la espalda con la manta por si se diera la vuelta.

Miro a mi niña, cuyos ojos son igualitos a los míos, y soy incapaz de ocultar la gracia que me hace que tenga tanta imaginación. Es muy creativa para su edad; siempre está contando historias de princesas, duendes y otros seres fantásticos.

Sonriendo, alargo la mano hacia ella, que se pasa el osito de peluche al otro brazo, y me la agarra. El pobre está hecho polvo ya. Menos a la escuela, lo lleva consigo a todas partes. Algunos días incluso me lo encuentro dentro del maletín cuando llego al colegio.

—¿Y si nos reunimos en la cocina y me cuentas qué más ha pasado? —sugiero.

Asiente, y le beso la mano antes de que la deje caer a un lado.

—Voy dentro de un momentito, cielo —añado para poder ponerme unos pantalones.

Adeline mira a su madre, me mira otra vez a mí y se dirige hacia la puerta. Se voltea.

—¿Podemos comernos una galleta mientras hablamos? —pregunta mi pequeña negociadora.

Es igual que yo, le encantan los dulces.

Miro el despertador en la mesita de noche. Son las doce y media, y mañana tiene colegio. Como profesor suyo de primero de primaria que soy, no tendría que permitirle comer azúcar de noche...

—Porfis, papi...

Sé que debería ser responsable, y que no debería acceder a un subidón de azúcar seis horas antes de que tenga que despertarse para ir al colegio. Su madre me va a matar, pero sé perfectamente que ella también cedería. Esos enormes ojos cafés y el osito de peluche en el brazo me recuerdan que no será una niña eternamente.

Adeline aguarda con impaciencia.

—Cógeme una a mí también. Voy enseguida. Pero elige las dos más pequeñas del tarro —le digo.

Ella sonríe, como si no hubiera dudado ni por un momento que iba a decirle que sí.

—Las más pequeñas, ¿vale? —añado sonriendo a mi vez.

Adeline asiente y sale del cuarto. Me levanto y agarro mi pantalón de sudadera del suelo.

—Blandengue —dice mi mujer con voz adormilada desde la cama.

Me subo los pantalones por las piernas.

—¿Estás despierta? —pregunto con fingida sorpresa.

Se da la vuelta y se coloca los brazos detrás de la cabeza, con la sábana a la altura de la cintura.

—Claro —responde, y una sonrisa adormilada se dibuja en su preciosa cara.

—Cobarde —la provoco.

—Tonto. —Sonríe, y yo intento no apartar los ojos de su rostro.

Si me permito admirar el pecho desnudo de mi mujer, jamás saldré de este cuarto.

Una vez vestido, apoyo la rodilla en el borde de la cama, me inclino y le beso la frente con suavidad. Cuando me aparto, tiene los ojos cerrados, y sus labios forman una plácida sonrisa.

Salgo del cuarto y, cuando llego a la cocina, sorprendo a Adeline con el osito de peluche colgando de una mano y una galleta enorme en la otra.

—Esa no parece la galleta más pequeña. —Abro la nevera y saco la jarra de leche.

Ella sonríe, y su lengua asoma entre los huecos de los dientes que se le han caído ya. Crece demasiado rápido.

—Creía que habías dicho las más grandes —me suelta con todo el descaro del mundo.

UNO

Landon

Sostengo en los brazos la tarta de cumpleaños de Ellen, listo para llevarlo abajo. Nora está junto a la puerta, despidiéndose con la mano de Posey y de Lila. Observo cómo introduce los pies, cubiertos con sus medias de pizzas, en un par de tenis blancos sencillos.

—¿Ya estás? —le pregunto.

Apoyo el pastel en la mesa roja del recibidor y ella asiente.

Ha estado muy callada desde nuestra charla en el baño, y ahora no sé cómo empezar una conversación con ella. Accedí a no intentar «arreglarla», a no presionarla para conocer sus secretos ni ayudarla a soportar su carga. Me ha advertido una y mil veces que no es buena para mí, que no puede ser lo que yo necesito que sea.

¿Cómo es eso posible, si no tengo ni idea de lo que necesito?

Lo único que sé es que disfruto de su compañía y que quiero conocerla más. Me parece bien que vayamos despacio; los mejores regalos suelen ser aquellos que más se tarda en abrir.

Recojo el pastel y, sin hablar, sigo el camino hasta el ascensor y pulso el botón. El sonido del elevador mientras sube los pisos es lo único que se oye en el silencioso rellano.

Cuando entramos en el reducido habitáculo, Nora se sitúa lo más lejos posible de mí.

Le permito que tenga su espacio e intento no mirarla mientras ella me observa. Noto sus ojos fijos en mí, pero está claro que hoy no tiene ganas de hablar.

A pesar de estar sosteniendo el pastel, noto un vacío en mis brazos; es como si les faltara algo. ¿Nora, tal vez? Cada segundo que paso con ella tengo la sensación de estar perdiendo el control de mi propio cuerpo. Nora se lleva los dedos a la punta de la trenza y mi mirada se encuentra con la suya. El ascensor no se ha movido desde que entramos en él. Ni siquiera sabría decir cuánto tiempo hemos estado aquí de pie; parecen minutos, pero probablemente hayan sido sólo unos segundos.

Me sostiene la mirada, estudiándome, intentando descifrar algo.

«No soy yo el que tiene secretos», quiero decirle.

Pienso en Dakota y en el tiempo que pasamos juntos anoche. Pienso en lo avergonzado y lo culpable que me sentí cuando fui incapaz de... cumplir. Pienso en lo mal que me sentí cuando me encontré el baño vacío. Mi ex se había marchado por la escalera de incendios. Sólo ha pasado una noche, y aquí estoy, con Nora, deseando estar cerca de *ella*.

Supongo que yo también tengo secretos.

—¿Se ha dañado? —pregunta Nora, y vivo un instante de pánico al pensar que está hablando de mi pene.

Cuando me doy cuenta de que se refiere al ascensor, me dan ganas de echarme a reír.

—No lo sé. —Pulso el botón de bajar una vez más.

Acto seguido, se oye un timbre y la puerta se abre y se cierra. El habitáculo empieza a moverse, y me encojo de hombros. ¿Había olvidado pulsar el botón? No lo sé.

Cuando llegamos al primer piso, dejo que Nora salga del ascensor primero. Su codo me roza el brazo, y me aparto para darle espacio. Siento su calor en mi piel, y, por un momento, me gustaría vivir en otra realidad. En una dimensión en la que puedo tocar y abrazar a Nora. En ese mundo, ella confía en mí y comparte conmigo partes de sí misma que nadie más ve. Ríe sin vacilar y no intenta esconder nada.

Pero ese mundo imaginario perfecto se desvanece con cada silencioso paso que avanzamos por el edificio de mi apartamento.

—No le he comprado a Ellen ningún otro regalo —recuerdo en voz alta.

Nora se voltea y reduce el paso hasta que llego a su lado.

—Seguro que este pastel casero y tu tiempo son un regalo más que suficiente. —Inspira—. A mí me encantaría que me hicieran un regalo así —añade, y continúa caminando.

Cuando dice ese tipo de cosas, llena mi mente ya atontada de confusión.

—Pero, ¿no decías que no te gustan los cumpleaños? —pregunto, sin esperar, pero deseando que me dé algún tipo de explicación.

Su cumpleaños es la semana que viene, pero me ha hecho prometerle que no haría nada para ella.

Me está haciendo prometerle muchas cosas últimamente. Sólo la conozco desde hace unas semanas y ya le he prometido demasiado.

—Y no me gustan.

Nora abre la puerta de la calle y la sujeta para que pase.

En lugar de preguntarle por qué, decido hablar de mi recuerdo de cumpleaños favorito.

—Cuando era pequeño, mi madre siempre hacía de mi cumpleaños un gran acontecimiento. Lo celebrábamos durante toda la semana. Me preparaba mis comidas favoritas y nos quedábamos despiertos hasta tarde todas las noches.

Nora me mira. Nos estamos acercando a la puerta de la tienda de la esquina. Una pareja cogida de la mano pasa por nuestro lado, y eso me lleva a preguntarme si Nora habrá tenido algún novio formal. Me saca de quicio no saber nada de esta mujer. Tiene veinticinco años. Debe haber salido con alguien en el pasado.

—Me preparaba cupcakes en conos de helado y los llevaba al colegio. Creía que así les caería bien a los otros niños, pero sólo hacía que se burlaran aún más de mí —le digo al recordar mi primer año de colegio, cuando nadie de mi clase tocó siquiera sus pasteles cubiertos de coloridos fideos de azúcar.

Nadie excepto Dakota y Carter. De modo que los tres intentamos comernos todos los que pudimos de camino a casa para que mi madre creyera que a todo el curso le había encantado su regalo y había celebrado mi cumpleaños conmigo.

Cuando llegamos a nuestra cuadra, aún nos quedaban cinco en la bandeja. Acabamos dejándolos en un madero que había a la entrada del Territorio, una zona boscosa ha-

bitada por drogadictos y personas sin hogar; gente con estómagos vacíos y vidas vacías, y nos gustaba pensar que aquel día, al menos, habíamos alimentado a cinco de ellos.

—Yo me habría comido uno —me dice Nora con la mirada perdida.

No me da ninguna explicación de por qué detesta su propio cumpleaños, y tampoco espero que lo haga. No es por eso por lo que he compartido una parte de mi pasado con ella.

Abre la puerta de la tienda haciendo sonar la campanilla. La sigo adentro y río cuando Ellen nos ve, pastel en mano, y se esfuerza por contener una sonrisa.